

parlamentarias, como que eres la Hermosura de la casa del excelso Dios. *Speciei domús dividere spolia.*

Hemos asegurado que la monarquía fué aclamada por una Asamblea que legítimamente representa á la nacion entera. Si, escuchadme.

Esta Asamblea general de Notables con su número estupendo y verdaderamente raro en los fastos de nuestra nacion, es una representacion de esa, que los demócratas, segun sus principios, llaman soberanía de los pueblos. Porque como se ha observado ya de una manera incontrovertible, la Asamblea se compone de todo linage de personas que perteneciendo á todos los puntos de nuestro país, de donde los hizo huir la mas acerba persecucion de la licencia que se apellida libertad, los mismos enemigos proporcionaron reunirlos ahí donde los demócratas fabricaban las leyes, como en su decantado santuario. Vémos, pues, el número como nunca en ninguno de sus congresos, y palpamos á la par la procedencia de sus individuos de todos los lugares, ora próximos, ora lejanos de nuestro suelo.

Se ha dicho en el seno de la Asamblea que habia en ella reunidas las primeras inteligencias de la nacion: esto pasaba en una de sus sesiones secretas. Mas la verdad no debe ocultarse debajo del celemin, sino decirse sobre los tejados y proclamarse en la cumbre de las montañas. Sí, se han reunido en esta Asamblea las primeras inteligencias de la patria, y solo el apasionado no verá en ella amalgamadas muy bien la experiencia de los años, el conocimiento de las personas y de los negocios, la ciencia que da la ocupacion dilatada de los puestos públicos. Hemos visto reunidos en esa Asamblea, los ministros, los diplomáticos, los gobernadores, los generales, los magistrados, los comerciantes, los agricultores, propietarios, mineros, impresores, artesanos, etc. ¿Qué le falta, pues, para ser la representacion nacional aun segun los principios democráticos? La eleccion popular, dirá un padre conscripto, con aquella magestad de pueblo soberano, que presume el legislador tomado de entre las heses de la plebe.

Es decir, faltan á la Asamblea aquellas báquicas orgías, donde entre alevosas armas eran acordados los nombres de los *ciudadanos*, que despues habia de suponerse, que enmedio de la calma, de la razon y de la paz de las discusiones, habian caido en la ánfora electoral! ¿Falta la eleccion? Es decir, faltánle á la Asamblea las inmorales promesas de destinos muy lucrativos, que se habian de crear sobre los millares de sobrantes ya establecidos, á favor del que llevaba á las casillas electorales, como rebaño de ternos corderos, una muchedumbre de plebe que en su estúpida algazara habia de repetir como hueca roca el sonido que se la daba. Bacanales y simonia profana, si puede decirse así, es lo que falta á la Asamblea de Notables.

Pero no la falta la eleccion de hombres conocedores de su patria y de las necesidades de los pueblos donde viven; ni la falta la aceptacion de las poblaciones que al punto que van pudiendo desatarse de las ataduras de la mentida libertad, reciben con frenesí el resultado de las deliberaciones de la Asamblea general de Notables.

Tampoco la falta la sancion providencial que se ejecuta ante una nacion amiga, que de dos mil leguas de distancia atraviesa los mares para decir á la nacion oprimida por audaz licencia: Vosotros resolved qué gobierno quereis, llamad á los disidentes y si ellos rehusan venir, entiéndase que abdican el derecho que pudiese asistirlos. No la falta, señores, la eleccion que la convocó, y que es la usada tantas veces en nuestro país, como lo ha sido en los estraños. No la falta aquel principio de bien que es congénito á las sociedades oprimidas, de sacudir las cadenas que las agovian y buscar hemenciosamente el remedio de los males profundos que las quebrantan. No la falta el principio imprescriptible de la naturaleza y del derecho de gentes que dice: Sálvate, y salva tambien á tus mismos obstinados y ciegos enemigos. ¡Algún dia, sí, vendrá ese bienhadado y mil veces venturoso dia, en que si ellos no, lo agradecerán sus hijos, cuando palpen y gocen los bienes inmarcesibles que á su nacion procuró esa Asamblea general de Notables.

Así proporciona la Soberanía de Dios el bienestar de una nacion tantos años sofocada por la tiranía demagógica. ¡Qué hermosas son las obras de tu Hijo, ¡oh Virgen Guadalupana! Pero por tu mano nos vienen las gracias tuyas, como que eres la Madre del Dios que quita las coronas de la cabeza de los monarcas que rigen las naciones mas florecientes, para ceñir alguna vez las sienas de un pastor que apacienta su rebaño en remotos é ignorados campos muy lejos del concurso de las voluntades humanas. ¡Tal es la soberanía de los monarcas!

¡Todo, pues, será divino, dice con sarcasmo el impío demócrata, en esa Asamblea de Notables? ¡Ah! Proclama él, ¿no visteis como nosotros derribamos los tronos y los altares de aquellas naciones donde se sostenia el derecho divino de los reyes y el derecho divino del sacerdocio? Ellos añaden, si destruimos los tronos y los templos, ¿en qué quedará la obra de la Asamblea? Sí, verdad triste, respondemos nosotros, que allá en Europa como aquí en América los hombres justos que no creen en la soberanía del pueblo contra la Soberanía de Dios, han sido víctimas de los demócratas titanes.

Mas, señores, recordad que si esos impíos que se han tenido por soberanos, pasearon el hacha por enmedio de las naciones civilizadas, como aquí en México las cabezas y los cadáveres de sus enemigos derrotados: si con esfuerzo satánico han paseado

en Europa la guillotina y demolido aquí como también allá fábricas monumentales que son los arranques del génio: si han consumido allá y aquí como insaciables vorágines los caudales que acumuló la piedad de ilustres antepasados para las obras de la beneficencia, de la filantropía; qué digo? de la caridad inimitable que el catolicismo enseñó á los pueblos aunque fuesen bárbaros: si encharcaron la Europa y aun están frescos aquí los regueros de sangre, de sangre de buenos patricios, añadiendo muchas veces los de la sangre venerable y sagrada de sacerdotes preclaros: si han cortado preciosas vidas como afilada hoz en campo muy fértil: si tantas lágrimas y tanto luto es la obra de la soberanía demagógica cuanto la imaginación mas esforzada no alcanza á comprender, que mire ahora esa altanera democracia el principio de monarquía y el principio religioso tantas veces confutados con todo linaje de armas, desde las que inventa la alevosía mas hipócrita, hasta las que produce el vértigo de la licencia mas desenfrenada; que mire ese principio monárquico y ese principio religioso reinar ahora magestuosamente en las naciones mas civilizadas, y estimarse allí y venerarse; y á la monarquía, penetrar ya, como desde antes el catolicismo, en las regiones de la América Septentrional, dando el ejemplo y llevando la vanguardia la nación mexicana, y apoyarse aquí en sostenes mas firmes que los que la aseguran en el Brasil.

Sí, ese principio inmortal de religion y de monarquía es el aire divino, si puede decirse así, que respiran hoy las naciones; ese principio monárquico y religioso renace, realizando en la palpable esfera de los hechos, lo que apenas cupo en la fantasía dorada de sublimes poetas, renace como el fénix, de entre sus mismas cenizas.

Es que el Dios soberano quiere, aunque por algun tiempo permita la oposicion de esos impíos directores de pueblos, antitéticamente llamados soberanos, que el principio religioso y monárquico, bajo el que se sostiene la única soberanía de Dios, siendo la soberanía de los reyes solo su destello, florezca como la mas preciada rosa entre las mas agudas espinas, para que los pueblos aprendan á sacudirse con empeño de sus engañadores natos, y sepan apreciar mas y mas en religion y en política el sostén de la verdadera soberanía de Dios, cuya proclamacion tantas lágrimas cuesta.

Y para que palpeis, señores, que los nombres que me oís atribuirle á la impía demagogia, la usurpadora de la soberanía verdadera, no son exagerados, dad una mirada, os ruego, á los libros bíblicos, no por hoy á los vuelos de Satán que arrebató al Salvador para encumbrarlo sobre una montaña excelsa, sino correspondiendo á aquellos dichosos dias del Edem. ¡Qué observais? que aquel revolucionario proscripto, que vió sus planes fracazar ante

el Dios soberano de la gloria, decia á nuestros primeros padres, por la envidia con que los veia felices: “No, no moriréis, antes bien, se abrirán vuestros ojos; comed, pues, ese delicioso fruto, y al punto seréis dioses.”

Es, pues, el ministerio de Satán el que desempeñan los soberanos demagogos cuando dicen á los pueblos sometidos á las leyes: Romped esas frágiles coyundas que os atan, y sereis dueños, no solo de las fincas y capitales de la Iglesia, sino también de la vida, honra y hacienda de los particulares; abrid los ojos y sereis dueños de cuánto veais por solo el acto de verlo; coged esos tesoros rezagados de siglos, que solo sirven á los ociosos y menguados, y al punto vuestras mesas rebozarán en opíparos y deliciosos manjares, y cada una de vuestras muy numerosas casas quedará convertida en un haren.

Los que tales consejos ejecutan, aunque son muchísimos, no forman mayoría política en una nación: lo que forman es turbas tumultuosas de opresores, de opresores de los buenos patricios, que dedicados al trabajo en ocupaciones tranquilas, no aprendieron á manejar el hacha y la guillotina: esas turbas numerosas forman las masas rudas, y nada mas, en que se apoyan las minorías opresivas durante la efervescencia de las revoluciones, durante ese conflicto que por algun tiempo á ningun mortal le es dado contener, durante ese conflicto de las malas pasiones y de los vicios reprimidos que se exasperan. Así, en realidad, fueron las mayorías que acompañaron á Cromwel, así fueron las mayorías decantadas de Marat y de Danton.

Los demócratas, para realizar su soberanía demagógica, oyen el consejo seductor de Satán, y al punto lo ejecutan, gozándose entre los montones de ruinas de los que se resisten. Consuman el pensamiento de universal depredacion, oyendo con placer los armoniosos nombres que ellos mismos se dan, de soberanos, de progresistas, ejecutores populares de reforma y de libertad. Y en la apoteosis que ellos mismos se decretan, despojando y simultáneamente derribando los templos y los altares, trasforman los templos que exceptúan de la barreta para vivir en ellos como sivaritas, para ser en ellos adorados, declarando con obras y con palabras, que son dioses y soberanos, y dueños absolutos de todo. No exagero: muy salientes son los acontecimientos, que para presentarlos á las generaciones venideras, recoge sin trabajo la historia. Os refiero lo que vemos con nuestros mismos ojos, lo que palpamos con nuestras manos.

¡De dónde la impiedad y la demagogia han tomado el modelo? De la serpiente del Edem, de esa serpiente la mas astuta, que si hoy por sentencia del único Soberano, arrastra su pecho sobre la tierra, hubo un dia en que se gozó, creyendo colocar su

trono encima de las nubes, mas arriba de los astros, en los costados del aquilon, haciéndose semejante al Altísimo.

Mas por ventura, ¿ha parado aquí la soberanía demagógica? ¡Ojalá y fuese así! no porque quiera yo canonizarla en estos sus primeros pasos, sino porque ella, no contenta con pretender usurpar la soberanía de Dios, en su carrera de esterminio y de desolacion forma el reverso del Salvador, que pasó por Jerusalem y por toda la Palestina derramando beneficios y dando la libertad á los oprimidos. La soberanía demagógica ha transitado por el vasto ámbito del territorio nacional, derramando á manos llenas todo linaje de males, más que aquella caja que inventó la fábula, pues en ella quedaba en el fondo la esperanza. Y nosotros, considerando todos los elementos de nuestra nacion, solo veiamos discordia, conflagracion general, desvanecida toda esperanza de que cesasen nuestros infortunios, agotados los recursos de conciliacion fraternal. Por todas partes no nos era posible ver ya mas que un objeto solo: ¡Verdugos y víctimas!!!

Yo no quiero trazar ese horrible cuadro, porque no tengo el génio ni las lágrimas del melancólico autor de los Trenos, y porque es tan triste para el náufrago, escapado apenas del furor embravecido de los elementos conjurados, recordar las abras que se miraban en los costados del buque de donde fué botado, y pintar la roca donde se estrelló su esperanza y describir los mástiles y jarcias, flotando entre las cenagosas aguas. Es muy sensible para corazones generosos oír la hipotiposis animada de las escenas horrendas de un náufrago, donde no se trata de padecimientos de las generaciones que ya pasaron, sino de los sufridos por nosotros mismos y por nuestros padres.

Pero aquí reunidos al pié del altar de nuestra amorosa Madre, referirémos todavía algun rasgo de la furia demagógica, que nos ha hecho verter tanto llanto, para que quede á nuestros pósteros consignado el beneficio que impele á la Asamblea de Notables á darle las gracias á la Virgen celestial, protectora del Anáhuac, y para escarmiento de nuestros compatriotas cuando oigan á los demagogos azuzarse con los nombres funestos, de que tanto se ha abusado, de reforma y de libertad, causando ruinas en lugar de la primera, fabricando en lugar de la segunda cadenas y opresion, y lágrimas.

¡Un dia los sucesos de la guerra junto al valle de México se enrudecieron tanto! Y en ese dia triste, no los conservadores, que segun su plan, querian castigar á los protagonistas de un gobierno levantado sobre montones de cadáveres y sobre las ruinas de las familias y de las casas incendiadas, sino los llamados padres de la patria, es decir, la soberanía de los congresos, señalaron precios á las cabezas de los reaccionarios, como el codicioso traficante designa los valores de cada cabeza de los rebaños destinados á la matanza.

¡Oh tristes y acibarados dias, que para siempre se borren del catálogo de los dias venturosos, porque no eran dias, sino siglos de duelo y de quebranto! ¡Que esos dias no los mire Dios desde su trono soberano, ni los alumbre con su luz, que los ocupe un negro torbellino, que no se computen entre los del año, ni se numeren en los meses! Ellos demuestran de cuánto es capaz un congreso soberano, que se deja arrastrar de la venganza.

Señores, pasó aún adelante la soberanía de los congresos demagógicos. Sí, el congreso general, en representacion que debia ser tranquila de la ley y de la dignidad de la justicia nacional, decretó, ¿lo creeréis? la suspension de las garantías individuales. Es decir, la soberanía demagógica se dió la muerte á sí misma, decretando el exterminio de lo único que restar podia, en medio del náufrago mas desecho de las instituciones republicanas. Destruyó lo que con dificultad podia servir para llamarle á la república mexicana con el nombre de nacion. Fué ese decreto devastador de las garantías individuales la auténtica de la disolucion social. Sí, aquellos soberanos conscriptos con su fatídico decreto quitaron toda duda á nacionales y extrangeros de que México habia muerto en su sér político, que habia dejado de ser nacion, que quedaba convertida en una aglomeracion de hombres, donde no habia mas ley que la del mas fuerte; mejor dicho, en una de aquellas cuevas lóbregas de donde los hombres, ó mas bien, los animales bípedos, salian á disputar con los animales inmundos las bellotas con que se sustentaban, ó la carne de las víctimas que saciase sus instintos feroces. ¡Oh dias luctuosos aquellos! ¡Aquellos dias eran noches tenebrosas, noches solitarias é indignas de toda alabanza! Oscurecidas las estrellas, esperábamos la luz venidera, y la luz no venia, y no podia percibirse anuncio de la aurora que por fin debia levantarse. De esta manera la soberanía demagógica, plenamente justificaba la conducta del glorioso Napoleon III, que salvaba ocho millones de hombres con la intervencion benéfica de la Francia.

Llegó por fin el momento en que del seno de la Asamblea de Notables, reunida bajo de esa intervencion, del seno de la Asamblea general de Notables, que se habia acogido para el desempeño de sus labores políticas á la Inmaculada Virgen Guadalupana, se hizo la declaracion de que la república demagógica habia muerto, que ella se habia suicidado, que murió con la muerte de los infelices. A la verdad, señores, en los elementos constitutivos de la república, están los elementos de su exageracion fatal. Los gobiernos republicanos solo pueden ser gobiernos de transicion. Ellos están destinados, segun la historia de las repúblicas, sin exceptuar la grande república romana, que si duró, no fué ella, sino el elemento régio que contenia en su sér administrativo; ellos están destinados para nacer, florecer y morir en menos de una cen-

turia; y para probar este acerto, mirad los esfuerzos que hoy está haciendo la norte-americana. La de México, en medio de tan siniestros males que la han aquejado desde su cuna, solo ha demostrado tener una existencia congojosa. ¡Tocó á su decrepitud pocos años despues de nacer!

En el seno de la Asamblea general de Notables, en largo dictámen se anumeró de esa República mexicana una parte todavía bien corta de sus delitos, de sus excesos, pues ella, desmoralizándose se desmoronó. Las impresiones que nos ha dejado bien pueden compararse á las que causaron el brillo y los atavíos que ante Jehu ostentaba la reina Jezabel. ¡Oh María, Virgen querida de los mexicanos, así nos has libertado de la malignidad de nuestros enemigos, de los que aherrojaban á los buenos pronunciando palabras de progreso y libertad; así rompiste nuestras cadenas: por esto, Señora, te sacrificamos una hostia de alabanza!

Véamos ahora la adopcion que hizo la Asamblea del candidato para la monarquía que proclamó.

A un mismo tiempo abraza Dios en la plenitud de sus atributos, constitutivos de su Soberanía, todos los objetos de los cielos y del universo. Los ángeles que vuelan mas lejos de su excelso trono, y los insectos que se abrigan en el duro seno de los peñascos; el águila altanera que levanta pesada presa por la altura de los aires, y el colibrí que cuasi sin gravitar reposa sobre el cáliz de una flor; el pensamiento del monarca, que con una seña impone su voluntad á millares de hombres, y el pensamiento del aldeano que vive entre las miserias de obscurísimo albergue; todos los séres esperan su benigno poderío para gozar la vida y la existencia. Así es que Dios dispone los sucesos mas disímbolos ó tal vez mas opuestos, para que donde la sabiduría del génio nada alcanza, allí se presten dóciles todos al imperio de sus soberanos designios.

La repulsa del pequeño ejército de Francia frente de la Puebla de los Angeles, y la caída de aquel monarca, que ocupando el trono de los franceses, se llamó el Napoleon de la paz, tienen entre sí un estrecho enlace, interrumpido mil veces para el génio del político, pero íntimamente ligados con sus fines para la Soberanía de Dios,

¡Quién creyera que inobservado el tratado de Lóndres y retirado de nuestras playas el capitán que forma el contraste mas perfecto con el conquistador Hernán Cortés, cuando ambos se acercaron, aunque en diversas épocas, con su ejército á nuestra América Septentrional; quién creyera que la Intervencion de la Francia se habia de realizar! ¡Quién creyera que los hombres de bien que tanto tiempo gimieron subyugados por una minoría rapaz, habian de reunirse tranquilos en la cámara de representantes, pudiendo proclamar allí, como lo verificaron, á Su Alteza Real é Im-

perial el Archiduque Fernando Maximiliano para emperador de esa monarquía mexicana cuyos cimientos acababan de trazar! Gloria imperecedera sea tributada al príncipe augusto, cuyo saber, génio y virtudes eran ya conocidas por sus biografías, y por las noticias que de sí y de su ilustre consorte venian conducidas por las alas de la fama. Este conocimiento, el deseo vehemente de ser felices bajo de un gobierno moderado y tranquilo, junto con nuestros amargos quebrantos de cuarenta y tres años, arrebató los corazones de todos, de cuantos habian llorado sobre la esclavitud de nuestra patria, y de los individuos todos de la Asamblea general de Notables que á una voz lo proclamaron.

Mas la soberanía demagógica execra esa uniformidad, y aguzando las potencias de su envidia, en medio de su impotencia para verse enaltecida por la virtud y por la gloria, desprecia y murmura. Ella quisiera que la eleccion de Fernando Maximiliano fuese para México lo que la eleccion hecha junto á la añosa encina de Siquen fué para Abimelec y para el pueblo de Israel; que no reposasen los mexicanos bajo la fresca y agradable sombra de un trono bien cimentado, sino que transformado éste en espinoza zarza despidiese aquel fuego con que desde la cumbre del monte Garizin amenazaba Joatan en su apólogo del reinado de los árboles, un fuego capaz de devorar hasta los cedros del Líbano, á los habitantes del Siquen, á la ciudad de Mello y al mismo Abimelec. Bien puede la soberanía demagógica usar incansable é inconvertible como ella es ¹ sus esfuerzos audaces para realizar sus miras de devastacion social.

Porque el Dios soberano se nos ha manifestado propicio, los furiosos empujes de la demagogia no se realizarán. Porque la Asamblea de Notables en esa eleccion tan gloriosa para la patria, aprendió muy bien bajo los auspicios de María Santísima del Tepeyac, que si desechara el gobierno de las pluralidades ligadas con vínculos de fraternidad republicana, debia preferir con la proteccion laudable de Napoleon III el gobierno de uno solo, el de Fernando Maximiliano, que no ha manchado sus manos, como aquel rey de los persas, como aquel rey de los parthos, como aquel

1. El ilustre orador Alfonso Corail, en el sermón que predicó en la coronacion de Nuestra Señora de las Victorias, en Julio de 1853, decia: "Nada desnaturaliza mas la especie humana que la pasion revolucionaria. Para los que ella llega á dominar ya no hay amistad, acabó la familia, ni hay otra patria que la que se encargan de rehacer con las lágrimas, las ruinas y la sangre; no quedan otros lazos que para la solidaridad del crimen; otro valor que contra las autoridades y el cielo; nada sagrado fuera del juramento de la rebelion y del asesinato. Cuando los hombres subyugados por esta pasion se dedican enteramente á su servicio, muy raro es devolverlos al camino recto á fuerza de beneficios, si no es á los crédulos y nuevos iniciados. La insensibilidad les parece grandeza de alma; el capricho se convierte en patriotismo; y aun hay naturalezas de tal carácter, que se indignan del bien que se les hace y para las que nada es mas difícil de perdonar, que el perdon que se les concede.